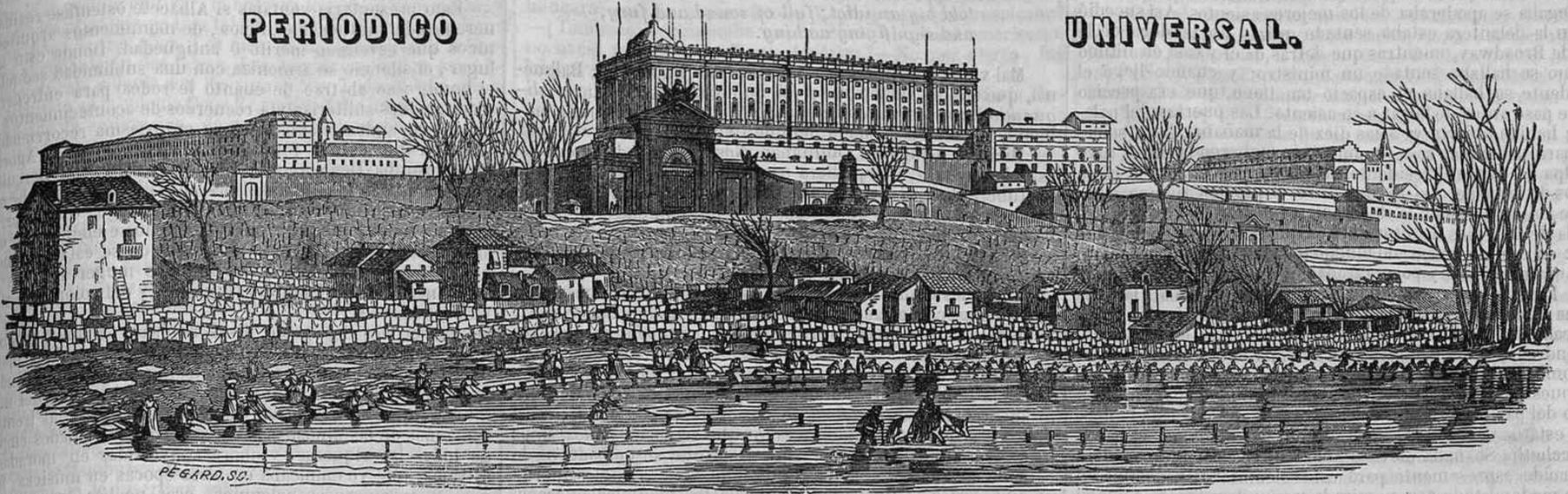


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 237.—SÁBADO 10 DE SETIEMBRE DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 2 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## INAUGURACION DE LA ESPOSICION INDUSTRIAL DE NUEVA-YORK.

La Exposicion Universal de Londres escitó la admiracion general por la grandiosidad de su proyecto y la acertada y conveniente ejecucion del mismo; sobrepujó en sus resultados todas las esperanzas mas quiméricas, y grangeó á los ingleses el mérito imperecedero de haber comunicado á toda la Esposicion, no solo por el atrevimiento de la idea, sino por su unánime é infatigable interés, un entusiasmo y un impulso que se apoderaron de todos cuantos echaron una ojeada en el palacio de cristal. La Inglaterra tiene en su favor la novedad de semejante grandiosidad y de una accion combinada de tantas fuerzas, y ha sabido sostener esta novedad hasta el último momento de la Esposicion. Por esta razon fué la Esposicion Industrial de Londres sorprendente en su principio, grandiosa en su trascurso, y solemnemente grande en su conclusion.

La América, casi envidiosa de tal resultado obtenido por la madre patria, ha tratado de trasladar este interés tambien á su territorio, y la esposicion industrial de New-York suscitó la ansiedad mas viva por las inmensas fuerzas de que América dispone y por la esperiencia de que este país ha llevado la palma sobre la Europa en muchos puntos y conceptos. La Esposicion de Londres era grandiosa; la de New-York será mas grandiosa aun; á lo menos así pensaban todos. La América tiene tambien en esto el ejemplo de la Inglaterra á

la vista, y el orgullo y amor propio de los americanos. Unidas ambas cosas á sus poderosos medios, hicieron esperar la cosa mas grandiosa. Con la mayor curiosidad pues anhelábamos la inauguracion de la esposicion; después de cumplido nuestro deseo hemos quedado poco satisfechos. Aquí no se presentaba á nuestra vista un cuadro tan grandioso ni tan acabado y hermoso, donde el arte se hermana de un modo tan ingenioso y peculiar con los productos de la industria, y les imprime un valor artistico aun mayor por la manera con que se hallan espuestos al público. Aquí no domina un espíritu de armonía en el conjunto; aquí pierde cada cosa en su valor por su mera esposicion porque se halla sola y única, y á veces formando el mayor contraste con los otros objetos que la rodean. La grandiosidad del plan no es suficiente á reemplazar la mano del arte, que sabe emplear y hacer valer aun el objeto mas insignificante como perteneciente al conjunto. América no ha podido obligar al arte.—En Europa al contrario es él quien ha preponderado.

Habia llegado el dia de la inauguracion, es decir el 14 de julio, y faltaban á lo menos seis semanas para que se consideraran concluidos los preparativos de la Esposicion. Ni siquiera la mitad de los objetos se hallaba en su lugar determinado, y la mayor parte de ellos ni aun se habia trasladado al palacio de la Esposicion. Casi todos los objetos se hallaban esparcidos aquí y allí, no dejando apenas el espacio suficiente á los espectadores, que tuvieron que abrir camino á veces por encima de fardos ú objetos empaquetados. La solemnidad y el entusiasmo durante el mismo acto

de la inauguracion parecian mas bien dirigidos al Presidente de la república que no á la Esposicion. Ya desde muy de mañana del dia 14 reinaba en Nueva-York una animacion inquieta y llena de ansiedad. Las banderas y los pañuelos que se agitaban en las casas y los balcones anunciaban la festividad del dia. Los soldados de marina y de tierra se precipitaban hácia el puerto, siguiéndoles innumerables espectadores para recibir al Presidente. Los cañonazos de los buques anunciaban su llegada. De un modo solemne fué recibido en Castle-Garden por el alcalde corregidor, las corporaciones y las personas mas visibles de la ciudad, y con palabras lisonjeras les manifestó el Presidente su agradecimiento.

Montó en un viejo y negro caballo de batalla que habia llevado el general Piercé durante la guerra de Méjico. En medio de vitores y precediéndole varias bandas de música, que entonaban los himnos patrióticos (Viva Columbia, la bandera estrellada etc.) fué acompañado á la ciudad, cuyas calles estaban atestadas de gentes y sus ventanas adornadas de las bellezas femeninas de Nueva-York, que agitando sus pañuelos enviaban su saludo al Presidente. La fonda de Astor recibió á este con toda la solemnidad posible; pero apenas habia entrado un momento, cuando á pesar del fuerte aguacero que caia emprendió de nuevo su marcha hácia el Palacio de Cristal en compañía de una inmensa muchedumbre. Varios caballeros le ofrecieron sus paraguas; sin embargo los rehusó, y llegó enteramente mojado al palacio de la esposicion.

Mientras que fuera de este llamaba el Presidente la atencion del público, no escaseaban tampoco en el interior los ob-



Alegorías de los meses.



Alegorías de los meses.

jetos interesantes. Se habian construido retablos y galerias provistas de asientos para los que participaban del favor de una invitacion. Pero todas las disposiciones estaban mal tomadas, pues como los billetes no estaban numerados, el primero que llegaba se apoderaba de los mejores asientos. Así sucedió que en la delantera estaba sentado quizás un tendero de la calle de Broadway, mientras que detrás de él y casi en último término se hallaba sentado un ministro; y cuando llegó el Presidente se hallaba el espacio tan lleno, que era preciso abrirle paso antes de llegar á su asiento. Las puertas del palacio se habian abierto ya á las diez de la mañana, hora señalada para principiar la ceremonia; sin embargo la lluvia tuvo la culpa de que el Presidente no entrase en el palacio hasta las dos de la tarde. Así es que tuvo el público tiempo suficiente de contemplar la decoracion interior del palacio. Su cúpula de 100 pies de altura era la que llama la atencion general: en cambio no agradó mucho toda la clase de decoracion. Todo era muy tieso y poco agradable; en todas partes encontraba la vista contrastes chocantes que atestiguaban la falta de una direccion artistica. Alrededor de las galerias se habia empleado la misma clase de decoracion, como en el palacio de Londres, pues el paño de grana pendia de las balastradas; los nombres de los diferentes distritos y departamentos estaban puestos con letras blancas sobre el fondo encarnado. En medio del palacio y debajo del centro de la cúpula está la hermosa estatua ecuestre de Washington, ejecutada por el baron Marochelli. Se halla elevada sobre un pedestal de madera construido espresamente para esta solemnidad, y domina en cierto modo el todo con su mirada tranquila y firme, como si el espíritu del difunto Washington animara la estatua. El Cristo y los apóstoles, la gran obra de Thorwaldsen; la amazona de Kinsz y varias otras obras llenas de una sublime belleza atraen sobre sí las miradas de todos, y hacen olvidar por un momento los demás defectos.

Al dar el reloj las dos se dirigieron todos los ojos hácia el portal principal del palacio. El Presidente entró silencioso y tranquilo con su acompañamiento. Al aproximarse fué saludado con aclamaciones universales; sin embargo parecía muy abatido y sufriendo. El Presidente de los Estados-Unidos no se distingue por su traje en nada de los demás espectadores; ni uniforme, orden ni brillantes; estaba vestido sencillamente de luto por su hijo, que le fué arrebatado por la muerte hace poco y á consecuencia de un vuelco en un ferrocarril. Se adelantó hácia el centro, donde estaban preparados tres sillones, el uno para el Presidente, el del medio para el obispo Wainwright, que bendijo el palacio, y el tercero en el lado opuesto para el presidente de la sociedad de la esposicion, el honorable Teodoro Sedgwick; alrededor y en las galerias se hallaba el público formando filas abigarradas. El capitán Dupont llamó entonces al público *al orden* y el obispo pronunció una solemne oracion. El Presidente se hallaba á su lado de pié con el sombrero en la mano, y se entonó delante del obispo de Nueva-York un himno solemne y serio segun la melodía del *Salmo C*. El honorable Teodoro Sedgwick se adelantó y dirigió al Presidente un discurso lleno de frases elocuentes; el Presidente le contestó, y el final de su discurso fué la señal de aplausos y vítores generales. Sobre unas cinco mil personas se hallaban reunidas en el interior del palacio, mientras otras diez mil estaban fuera esperando al Presidente. De este modo terminó la solemnidad de la inauguracion del Palacio de Cristal en Nueva-York, á la cual siguió por la noche un brillante banquete, que dieron los directores de la esposicion al Presidente y á los comisionados extranjeros.

### PEREGRINACION Á ALBACETE Y LAS BATUECAS.

Voy á describir un pequeño viaje, algo, aunque no tan monótono como los discursos de ciertos diputados.

Era un día en que la coronada villa tenia un calorito de 34° Reaumur: fastidiosa estaba con el sol y los pretendientes al ministerio. Por la calle de Atocha bajaba yo en carruaje acercándome al embarcadero del ferrocarril de Aranjuez. Me encajoné en un tren y me deslicé por el camino de hierro con tanta ligereza, cual si el gobierno hiciese una contrata sobre el mismo asunto. Volví á ver el Manzanares, que se avergüenza á veces de ser río, el canal de Madrid, mas suocío por partes que la conducta de ciertas notabilidades políticas; el Tajo, ya sin oro, pues este se halla acaparado en cuatro agiotistas, y el jardín de la Isla y la frondosidad de nuestro Versailles, que se asemeja á un oasis en un desierto. A las dos leguas está Ocaña: aquí comimos de mediodía ó *yantamos*, segun se decia antiguamente, y es lástima que ahora no se diga. El parador es de los mejores de España, bajo todos conceptos; es preciso hablar la verdad; luego vendrá lo bueno; y dirán que soy mala lengua. En el comedor había un *pi-ano* con honores de sinfonia de ciego y de sartén de asar castañas: un músico enalbardado de blanco quería, al parecer, tocar la conocida aria de tiple de *Hernani*; pero tan disfrazada, que no la conociera el padre que la procreó, Verdi, que no siempre ha de hacerse referencia á la madre. De cuando en cuando exclamaba el *dilettante*:

—¡Qué desafinado está el piano!

Esto me recordaba aquel cura de aldea que no acertando en una ocasion que estaba embriagado con el sitio del bautisterio, decia: «¡Que difícil es bautizar á esta criatura!» Supongo que por esta anécdota no me condenarán los obispos de Cataluña.

De Ocaña emprendimos la ruta por la carretera de la izquierda que conduce á la Mancha alta, separándonos de la otra que va á la Mancha baja y Andalucía. Pasamos varios pueblos: Villatobas, la Mota del Cuervo con una gran fila de molinos de viento donde tuvo lugar la famosa aventura del héroe de Cervantes; Quintanar de la Orden, el Pedernoso, desde donde se divisa el Toboso, célebre por el incomparable escudero; Pedroñeras, el Provencio, Minaya, la Roda, la Gineta. País de inmensas llanuras de trigo y otros cereales, apenas se encuentra un arroyo en muchas leguas ni un árbol, excepto un encinar muy largo donde antes sucedían repetidos robos. Lugareños con rostros atezados y mugrientos, hoscos, haraposos, casas y chozas en lo general feas y miserables. La Mancha todavía se halla como en tiempo de D. Quijote. Atravesando esos campos polvorosos y desiertos, sin esperanza de

ver cosa mejor mas adelante, me consolaba con aquel pensamiento de Shakespeare:

*Life is a tale.....  
told big an idiot; full of sound and fury,  
and signifying nothing.*

Mal viene citar á un poeta donde solo hubo uno; Balbuena, que era de Valdepeñas, y á quien se puede aplicar *aliquando bonus dormitat Homerus*, lo cual no es extraño habiendo nacido en la tierra del buen vino.

Hicimos parada en Quintanar. Nos saludó la directora del establecimiento, que pudiera pasar por la niña gorda, por lo protuberante y *atinajada*. Con mas ínfulas que un alcalde rural ó que un portero que recibe á un pretendiente, empezó á llamar por diez ó doce criadas:

—Ea, chicas! aviarse; servir á los señores: Adelaida, Carolina, Eufasia, Josefina.

Todas las domésticas tienen nombre de novela; cosa rara en la comarca de las Aldonzas Lorenzo. Había una fámula, llamada Cristina, mas taimada que sus compañeras. Deseara yo que hubiese en ese parador menos alarde, menos ruido y mas servicio y provecho. Nos dieron una *comida-cena*, que ni era lo uno ni lo otro: eran tomates revueltos con varios ingredientes; huevos pasados, no sé por qué ó por dónde; unos pollos mas duros que algunos gallos que se hacen *pollo*; unas manzanas arrugadas como tanta vieja que se embadurna la cara de cosméticos. Se cuenta que un viajero inglés increpó una vez á la dueña del hotel por los manteles puercos, camas idem, y demás: al punto le pusieron ropa limpia. Mas á poco trecho del pueblo le saltaron unos ciudadanos con unos argumentos de madera *ad hominem*, y le asendearon bonitamente con silogismos en *barbata*: *relata refero*.

Albacete tiene un aspecto desagradable y pobre. Las casas estan construidas de una argamasa compuesta de tierra, piedras, paja y ladrillos, todo mezclado, la mayor parte de ellas sin blanquear, y comunmente distribuidas en lo interior como para labranza, con sus corrales, patios, sótanos, silos: el exterior es mezquino y sin ninguna simetría: suelen tener cuartos bajos con rejas á la calle, en cuyas habitaciones viven con preferencia por el verano. Desde el establecimiento de la audiencia y de la capital de provincia, se hicieron algunas regulares. Excepto una media docena de los principales propietarios, entre ellos el señor Pino-Hermoso y el señor Carcelen, las restantes valen poco.

Las calles son angostas; algunas tienen aceras de piedra gastada y llenas de baches: por el centro hay polvo con abundancia, el cual se convierte en fango á los pocos minutos de llover, y se ponen intransitables. Una hay denominada Rio Piojo en la que las aceras, desniveladas mas que otras, se levantan dos varas del arroyo, el que se transforma en un canal por el estilo de los de Venecia, cuando cae agua del cielo, y al que se cae el transeunte si se descuida. En la interseccion de esta calle con la mayor se forma un lago durante las gruesas lluvias del invierno, y para pasar se pone un tablon que sirve de puente levadizo.

Los alimentos son malos. No se come vaca ni ternera sino por rara casualidad; creen que es carne despreciable, y en su defecto se usa el carnero, la oveja y aun el cabrio. Apenas se vende pescado; por temporadas viene del Júcar y de Alicante; es de poca sustancia: en cambio hay un bacalao mas empedernido que el corazon de un avaro. Las pollas son demacradas y consuntas, y es preciso mantenerlas bien, después de compradas. Las perdices son buenas y tambien los melocotones.

El agua potable es de mala calidad; es de pozo ó noria, y la venden en unos cántaros; no hay fuentes. Suele venderse además una agua bastante buena, que nace en los Ojos de San Jorge, á una legua de la poblacion. No seria de gran costo traerla á la villa por medio de una cañería. Pero en policia como en lo demás, aquí dominan el *statu quo*, el *dolce no far niente*, y el amor á las antiguas tradiciones.

En Albacete no hay teatro; ahora ya se trata de construir uno. Tiene una plaza de toros bastante espaciosa y bien formada, donde suelen darse al año dos corridas durante las ferias de que me ocuparé después. En nuestra patria sucede en muchas poblaciones lo mismo: en vano se preguntará por establecimientos públicos de ningun género; mas la plaza de toros nunca falta; el emblema de la incivilizacion y de la barbarie es lo primero que aparece.

Las señoras apenas salen á paseo, porque por el verano el polvo es inaguantable; por el invierno lo es el frio, y el fango y los continuos vientos fuertes; por la primavera, lo mismo, y por el otoño punto menos. Hay una alameda en ciernes á la que concurren tres ó cuatro dias festivos en los trescientos sesenta y cinco.

La gente es poco tratable; no comprende que la sociedad es para distraccion y pasatiempo, y que las noches son para reuniones y recreo. Solo se hacen visitas de cumplimiento los domingos y nada mas, ú otro día si se estrena algun vestido: en ellas se dice lo mismo cada semana y cada mes. De noche, si por acaso se juntan dos familias, se ponen á murmurar y luego á dormir. Aristócrata existe por estos barrios que se retira á dormir profundamente cuando las gallinas.

El forastero puede residir aquí un lustro sin entrar en ninguna casa, sin tener donde pasar el rato, sin tratar á ninguna familia de la poblacion, sin que nadie le visite á no ser otros forasteros, y le mirarán siempre cual de diferente raza; rasgo característico de los pueblos atrasados ó incultos. No se admire pues si no le ofrecen la casa en situaciones en que la política lo exige: que diga como Cristo en la cruz: «perdónales, señor, que no saben lo que hacen.» No obstante hay excepciones que tienen su casa y tertulia siempre abiertas á toda persona de fina sociedad, donde se disfruta de amable compañía y conversacion.

Lamartine dice que la vida de los pueblos meridionales es una continua fiesta. Dispénsese ese célebre escritor; pero semejante aserto no puede enunciarse tan absolutamente; ó si no, se conoce que él no ha estado en Albacete; ó bien este no se halla al mediodía respecto de las provincias del norte de la Península, en las que por los meses de estío todos los domingos se celebran romerías, se visitan santuarios con sus correspondientes caravanas, hay bailes y diversiones de todas clases. En Albacete nada de esto se percibe: el día de S. Juan

como el de Navidad, como el de Reyes, como cualquiera otro, todos son iguales: nada de verbenas, parrandas, serenatas; es un cementerio no interrumpido; el silencio preside á esta vida oscura y retirada.

Esto presentaría ventajas si Albacete ostentase restos venicos que revelasen mérito ó antigüedad. Donde esto tiene el hombre se abstrae de cuanto le rodea para entregarse á meditaciones solitarias y á recuerdos de acontecimientos realizados en siglos lejanos. Así se entusiasma recorriendo los sitios en que estuvo fundada la opulenta Tiro; el Agora en que peroraba Demóstenes; las escavaciones del Hercolano; llemente bajo un árbol, al indolente griego, ó unas criptas antiguas sino las casas y cuevas que se estan desmoronando ó ya derruidas, y las infinitas mugeres viejas mas acartonadas que pergamino revenido, y del color de la tierra y de las paredes.

Era el mes de agosto. Esas noches apacibles en que la luna derrama sobre nuestro planeta su luz pálida y melancólica, noches que pasaba Chateaubriand contemplando la magnificencia de la naturaleza, en los bosques del nuevo mundo; que aprovechaba Volney para filosofar al frente de las ruinas de las ciudades asiáticas, en otras edades emporio de todas las riquezas, y ahora convertidas en moradas de salvajes; que yo empleaba en otras épocas en músicas, festines, y en amorosos coloquios, esas noches eran para mí lentas, pesadas, insufribles; recorriendo los senderos de esta necrópolis, solo descubria unas cuantas sambras que esquivaban mi contacto. Al repasar en la mente ciertas ideas, suponía que de aquí habia tomado Figaro los tipos para sus artículos satíricos acerca de las Batuecas. A pesar de esto, sus habitantes estan satisfechos con este vivir; la mayor parte cree á pié juntillas que nada hay mejor en el orbe. ¡Sabia providencia! Así el groelandés y el samoyedo se albergan entre nieves eternas y en sus rancherías subterráneas, sin envidiar la benignidad y la hermosura de las regiones tropicales. Así el negro africano sufre un sol abrasador, sin echar de menos los climas en que reina una deliciosa primavera. La felicidad consiste en no tener deseos y estar contento con lo que se posee. Yo vivía en una de las mejores casas de huéspedes, al decir de aquellos ciudadanos. Ella podría rivalizar dignamente con la posada que pinta Moratin. Yo pagaba diariamente lo que no quiero manifestar por consideracion al nombre español y por no mentar ese maldito vicio—habilidad espartana—que se nos achaca. Las vidrieras de mi vivienda estaban mas flojas y las ventanas con mas respiraderos que los de una galería destartada: jamás me han servido una vianda apetitosa: cuando apreté el frio, tuve á bien añadir mi capa—compañera inseparable, pues ya sé entre qué gentes andamos—á la única manta de la cama, cuya frazada era por el estilo de la que describe el autor de *La Galatea*:—si se le contasen los hilos, no se perdería uno de la cuenta.

Reflexionando con detenimiento, veo profundidad de miras y de filosofía práctica en la conducta de estos vecinos. Nada de tertulias ni reuniones: cada uno en su casa y Dios en la de todos: bien se está S. Pedro en Roma. Las tertulias ocasionan incomodidades, chismes, rencillas; gasto de ropa, guantes y luces; después la crítica de los concurrentes; y al fin no se saca de provecho sino bulla, como decian los batuecos hablando de las escuelas. Los paseos estan por demás; con lo cual se ahorra calzado, se evita el cansancio, el polvo y el viento: el hombre no ha nacido para estar en movimiento incansante; para eso hay arduas, chacales y agentes de negocios: el verdadero destino del hombre es la quietud, el sistema de Zenon; lo demás es propio de peripatéticos.

Albacete es la cuna del poeta Antonio de Atras, de Juan Manuel Hurtado, bravo militar que quitó á los turcos dos banderas que se ven en la iglesia de S. Juan; de D. Antonio Cantos Fernandez, autor del *Espejo de sacerdotes*, y del teólogo Diego de Alarcon.

Desde mi llegada á Albacete habia oido hablar—cual acontece á todo forastero—de la feria que se celebra cada año á principios de setiembre. Es el único hecho notable que se verifica. Estamos á 31 de agosto; poco me falta para presentarlo. Por lo que me refieren debe de ser una gran cosa. Los *fashionables* de ambos sexos, especialmente del bello, preparan con anticipacion varios trages para estrenar entonces. Los empeños, los apuros, los sacrificios son para esa época. En las casas se observa mas animacion; se enlucen las paredes, se limpian los suelos, se arreglan las alcobas, por si vienen parientes ó amigos, lo que no gusta á todos porque hay partidarios de la economía política. Se espera con ansia la feria para hacer algun negocio; hasta las jamonas sin salida ni entrada se lisonjean de tropezar con un novio á la vuelta de una esquina. La descripción de la feria necesita un párrafo aparte, y se pondrá concluyendo en el número siguiente.

Criticópolis, enero 1853.

JUAN DE LA ENGINA.

### REVISTA UNIVERSAL.

—La poblacion de la Alemania se aumenta cada vez mas, á medida que la pobreza se hace cada vez mayor en ciertos parajes y distritos á causa de las necesidades siempre crecientes; de suerte que muchas laboriosas familias se ven arrastradas sin culpa suya en la miseria, y por último se hacen una carga pesada para las autoridades que las tienen que suministrar los medios necesarios de subsistencia. Estos infelices y otros muchos encuentran un seguro asilo en la sociedad de colonizacion formada en Hamburgo el año de 1840. La nueva colonia alemana en el Brasil, Doña Francisca, donde el clima es sano, y el suelo recompensa tan pródigamente á la laboriosidad, ofrece aun para muchas familias desgraciadas un tranquilo lugar. Fundada hace año y medio, contaba ya el 1.º de enero de 1853 mas de 400 familias alemanas y muchas con ocho y doce hijos, y todas las noticias de allí como tambien todas las cartas de los colonos atestiguan que estos estan bien y felices.

El suelo fértil ofrece con un trabajo regular dos cosechas al año, y un hombre laborioso y activo puede proporcionarse en tres años una propiedad independiente. La sociedad de colonización de 1849 da á cada emigrado al llegar á San Francisco del Brasil tantas fanegas de tierra para su propia explotación como le es posible cultivar, le entrega los útiles necesarios, y la hectárea al precio de tres talers (unos 45 reales) pagaderos en un plazo de tres años. Los mas acomodados pagan la hectárea al contado en dos talers. Las condiciones para ser admitido en esta colonia son las siguientes: Todo el que desee ser admitido en la colonia Doña Francisca debe proveerse de un certificado de emigración, de un testimonio de la respectiva autoridad sobre su irreprochable conducta, y de la fé de bautismo y casamiento. Los precios de navegación son los siguientes: En el camarote para los adultos con manutención, 100 talers; en las entrecubiertas para un adulto con manutención, 50 talers; para los niños de uno á ocho años, 40 talers; por los niños de teta no se paga nada. Cada adulto puede llevar de balde un cofre de veinte pies cúbicos y los niños la mitad; el sobrepeso se paga á un cuarto de taler el pie cúbico. La administración de la colonia de Doña Francisca ha hecho construir allí calles y caminos para que los nuevos colonos puedan conservar una continuada comunicación con los terrenos cultivados y vender con facilidad sus productos. Los concejos que tengan una gran cantidad de pobres y al mismo tiempo no tengan los medios ni la esperanza de proporcionarles una subsistencia buena é independiente, pueden colocarlos bien por unos cien talers, dirigiéndose para ello á la sociedad de colonización de Hamburgo, la que les asegura reintegrar su capital adelantado, si le inscriben sobre los bienes de los emigrados como deuda hipotecaria. De su restitución cuida la sociedad después de satisfechos sus derechos. Los convenios celebrados en Europa tienen el mismo valor en el Brasil. Por consiguiente esta cantidad no es mas que un préstamo que los concejos hacen á los pobres y de que se vuelven á reintegrar en un término de seis años, pues en este plazo puede pagar todo emigrado la deuda, en atención á que los productos del café, azúcar, etc. tienen una buena y pronta venta.

—A una muger del campo del pueblo Dobschitz en la Bohemia y de edad de setenta y tres años, le salieron en el transcurso de algunas semanas cuatro dientes.

—La noticia de que el emperador de Rusia visite en el mes de agosto á la capital de Polonia, se confirma. Ya desde algun tiempo se restauran y se arreglan suntuosamente los aposentos del palacio de los jagelones para recibir á huéspedes muy elevados. Segun se dice, el emperador no establecerá esta vez su cuartel general en el palacio de verano Lazienki, sino en el antiguo palacio del difunto rey de Polonia. El emperador no ha vuelto á pisar desde el año de 1831 esta regia mansion tan noble é interesante en sentido arquitectónico. Las recomposturas que ahora se han hecho en este palacio y la noticia de que el emperador le volverá á habitar han producido una sensación la mas agradable del mundo en el público, pues se cree reconocer en ella una nueva prueba de la benevolencia con que el mismo emperador trata de borrar todos los tristes recuerdos del año de 1831.

—Algunos visitantes puritanos de la esposicion de Nueva-York se han escandalizado de tal manera sobre las estatuas desnudas, que los directores se han visto obligados á hacerles ropajes.

—De Turin se escribe entre otras cosas lo siguiente: El peligro á que el rey, el duque de Génova y el príncipe Cárignano estuvieron espuestos á su salida de la Spezia con el vapor *Governolo*, es actualmente el objeto de la conversacion de la capital. El asunto es en efecto tan serio, que estas personas elevadas estuvieron muy próximas á perder la vida. El capitán Persano, un nombre que se halla en todos los numerosos sucesos funestos de nuestra marina de guerra, era el que mandaba el *Governolo*. El rey queria apearse cerca de la isla de Santa María para una cacería. El capitán giró de un modo tan torpe, que el vapor chocó con tanta fuerza contra un escollo y le abrió tal agujero que seis bombas fueron insuficientes para impedir la entrada del agua. Felizmente se hallaba en la bahía de la isla Capraja el vapor *Tripoli*, que instantáneamente acudió al socorro y recibió á los pasajeros. Al capitán del *Governolo* se le ha formado un consejo de guerra, acusándosele de un grave descuido.

—El 11 de agosto á las doce del día se notó en las inmediaciones de Soleura (Suiza) un fuerte terremoto que conmovió toda la ciudad, hizo bambolearse á las casas y objetos de las habitaciones, derribó varias chimeneas sobre los tejados y puso á las campanas en tal movimiento que sonaban. El sacudimiento se hizo en dos golpes rápidamente seguidos, pero no en direccion ondulosa, sino vertical de arriba á abajo. Al mismo terremoto precedió un fuerte silbido como el de un huracan furioso, despues hubo un golpe terrible y un trueno subterráneo durante un segundo; á lo cual siguió la calma. Muchas personas se quejaron de una repentina paralización de los miembros: el barómetro no presentó alteracion alguna ni antes ni despues del sacudimiento; el cielo estaba enteramente claro, y lo único que se notó era un viento mas fuerte que de ordinario, que soplabá del Este. Este temblor de tierra recuerda el gran terremoto habido en el mismo paraje el 18 de octubre de 1336.

—El último manifiesto del Sultan ha sido leído en todas las mezquitas de la capital y del país. Desde entonces, y en el transcurso de una semana, ha habido doce incendios en Stambul, de los cuales el uno ha consumido un número considerable de casas. Para los incendios es costumbre ya desde tiempo inmemorial que las masas espresen su descontento. Despues de la estincion de los genizaros duraban los incendios de las casas varias semanas en todo el imperio. Sin embargo, ahora se oye hablar menos de los insultos hechos á los cristianos, probablemente por miedo de los castigos establecidos en aquel manifiesto.

—De París se escribe que el *Montebello*, que ha arribado á Toulon, ha traído despachos del almirante Hamelin, en los cuales pinta como una necesidad indispensable para la conservación de la escuadra, ó su retirada, ó su entrada en los Dardanelos, y que en caso contrario no quiere cargar con la responsabilidad de los males inevitables. Dicen que el almirante Dundas ha conferenciado con el gobierno turco con respecto á esta misma cuestion, y se cree generalmente que hasta la entrada pacífica de la escuadra en los Dardanelos

podría influir desventajosamente en las negociaciones que se habian vuelto á entablar bajo buenos auspicios.

—Relativamente al asunto de Koszta en Smirna se cuenta lo siguiente: El cónsul americano preguntó á Koszta: ¿Es usted ciudadano americano?—¡No! contestó el prisionero, soy húngaro.—¿A lo menos tendrá V. un pasaporte americano?—¡Tampoco!—¿Sin embargo, continuó el cónsul americano, no nació su padre de V. en América?—No por cierto, fué húngaro como yo!

—La noticia de que el dote de la archiduquesa María Enriqueta importaba doscientos mil florines con arreglo á la pragmática de Fernando II, desmiente la *Presse*, diciendo que no procede de una buena fuente, en vista de que segun el testamento de este emperador del año de 1621, el dote de una archiduquesa fué fijado en cuarenta y cinco mil florines. En tiempos modernos se prescindió de esta disposicion en atención á que no está adecuada á las circunstancias actuales y que el emperador, como jefe de la casa imperial, determina segun su antojo y voluntad cada vez el dote que ha de darse á una archiduquesa al casarse.

—El misionero judío Reichardt comunica un descubrimiento sumamente curioso que ha hecho en un viaje á Galilea emprendido en union con otro misionero llamado Nicolaisson. Hallaron en las montañas de la Galilea y en direccion á Akka y Nazaret, hacia el norte de Schefa-Anner, un pueblo llamado Buqueah, que está habitado por judíos casi exclusivamente agricultores y que parecen haber morado en este pueblo continuamente desde la destruccion de Jerusalem por Tito. Se distinguen desus otros correligionarios tanto orientales como occidentales, en que hablan únicamente el hebreo y el idioma del país, el árabe, y no el alemán ni el español, y solo se limitan al cultivo del campo y apenas tienen trato con los forasteros.

—Al anciano Lord Brougham legó una señora soltera que murió en Hammersmith en su testamento la cantidad de 30,000 libras esterlinas, por la admiracion y estimacion que la habian causado su conducta pública y sus principios.

—La acuñacion de las monedas de oro y plata en la casa de moneda de Londres ha importado durante el último medio año 9.099,000 libras esterlinas en oro y 416,000 en plata. Esta es la mayor cantidad que en tan corto periodo se ha acuñado aquí.

—Un decreto imperial dispone que las pensiones de las cruces de la legion de honor, que Napoleon I distribuyó durante los cien dias, es decir desde el 27 de febrero hasta el 7 de julio de 1815, han de abonarse á los respectivos individuos desde el 1.º de enero de 1854. El presupuesto de la legion de honor se aumentará con este fin en 500,000 francos.

—El palacio y la hacienda de Neuilly, perteneciente á la familia de Orleans, ha sido vendida en pública subasta y por partes el 17 de agosto último. La cantidad sacada de la venta ha ascendido á mas del doble de la tasacion.

—El virey de Egipto ha regalado un hipopótamo aun muy jóven al jardin zoológico de París. El cónsul francés Delaporte mismo lo ha criado durante ocho meses en su casa de campo cerca del Cairo. Es sumamente gordo, su cuerpo de un color de rosa, y solo en el vientre bajo algo mas claro, sin pelo alguno, y su lomo cubierto de innumerables manchitas negruzcas y poco perceptibles, de las cuales gotea una humedad pegajosa y rojiza; así que el animal sale del agua es muy dócil y domesticado, y acude así que se le llama.

—El príncipe Gortschakoff, actual general en jefe de las tropas rusas en los principados danubianos, pertenece á una de las familias nobles mas antiguas de Rusia. La casa de Gortschakoff pues descende de Rurik, el primer gran duque de Rusia, y en la actualidad existen solo tres familias en este imperio que pueden vanagloriarse de igual alcurnia, á saber: las casas de Viasewsky, Schahofskry y Gagarin. Los Galitzyn, la generacion mas numerosa de príncipes rusos y de las cuales se hallaban en servicio imperial mas de sesenta individuos en el año de 1775, y los Kurakins pretenden igualmente descender de Rurik, pero los modernos heráldicos lo han puesto en duda frecuentes veces.

—El cólera se halla en Copenhague en el período descendente mas marcado; pero en cambio se estiende en las cercanías y las provincias de una manera sumamente amenazadora. En Copenhague fueron atacadas treinta y siete personas desde el 17 al 18 de agosto y murieron veinte. La suma total es de 7438 atacadas del cólera y 3874 muertos.

—De Stockholm, capital de la Suecia, se escribe con fecha de 6 de agosto lo siguiente: Desde ayer no nos queda ninguna duda de que el cólera que ha hecho tantos estragos en Dinamarca y Finlandia se ha presentado tambien entre nosotros. Los seis casos de enfermedades y las cinco muertes ocurridos y anunciados oficialmente hasta el medio día de hoy han sido reconocidos como casos del cólera epidémico.

—Con respecto al ramo del consulado de América parece nos hallamos en víspera de un cambio total en Europa y principalmente en Alemania. Es el caso que en los Estados Unidos ha obtenido el partido ultrademocrático una decidida preponderancia por efecto de la eleccion del presidente en la persona del general Pierce, cuya influencia explotará dicho partido para levantar una especie de propaganda en Europa. Siempre pues que los actuales cónsules americanos no se presenten para aprovecharse de su situacion en beneficio de esta propaganda, abandonarán el teatro de su actividad y harán lugar á personas que tengan menos escrúpulos en este particular. Ha sido por ejemplo nombrado un nuevo cónsul americano que anteriormente ejercia en Nueva-York ó Boston el oficio de carnicero y cuya instruccion política no le eleva de ningún modo sobre otras personas del mismo destino. Pero en su partido ha sabido adquirir fama por su celo democrático, y aquel fué quien le envió de cónsul de los estados á su puesto actual.

—Los contratos matrimoniales entre el emperador de Austria y la segunda hija del duque Maximiliano de Baviera, la princesa Isabel, se han celebrado en Ischl el 18 de agosto. La novia, Isabel Amalia Eugenia, nació el 24 de diciembre de 1837 y no ha pasado por lo tanto aun los diez y seis años de edad.

—El regalo de boda que el emperador de Austria ha hecho á la archiduquesa María Enriqueta, consiste en una preciosa diadema de brillantes en cuyo centro se halla un gran brillante de color de rosa, lo que es una cosa muy rara. De la archi-

duquesa Sofia recibió la novia un cinturón profusamente sembrado de diamantes y perlas y su retrato ejecutado con suma maestría. El Archiduque Alberto la obsequió con un servicio de tocador todo de plata. Los demás regalos se componen de adornos de oro, brillantes y perlas.

—Con el vapor norte-americano el *Atlántico* han llegado el 18 de agosto á Liverpool los embajadores americanos nuevamente nombrados, á saber: James Buchanan para Inglaterra, P. Soulé para España, el coronel Gibbs para Bélgica, R. G. Bainwell cónsul de Amsterdam, el capitán Kestchman cónsul de Palermo, y D. T. Hearth cónsul de Glasgow.

—La trigésima junta de los naturalistas y médicos alemanes tendrá lugar en los dias de 19 á 24 de setiembre en Turinga. La junta general de los historiadores y arqueólogos alemanes se celebrará en Nuremberg desde el 13 al 16 del mismo mes; y la reunion de los amigos de la paz universal se efectuará el 12 y 13 de octubre en Edimburgo, esperándose una gran afluencia de personas del viejo y nuevo mundo.

—En Turin se quemó una señora en una de las calles mas concurridas y de día. Un hombre habia tirado por descuido sobre el vestido de muselina de esta señora un fósforo con que habia encendido su cigarro, cuyo vestido ardia instantáneamente. En su desesperacion principiá esta señora á correr, lo que contribuyó á aumentar el fuego. La señora murió á consecuencia de las heridas.

—En Francia importa las cantidades anuales y puestas en circulacion por las aguas minerales la suma de ocho á nueve millones de francos, de los cuales 5.500,000 corresponden á los pueblos y habitantes donde existen baños. Comparativamente es muy pequeña esta suma en atención á que la Francia posee 623 puntos con manantiales termales de curacion, hallándose solo 151 provistos de los establecimientos indispensables para poderlos usar. En el año de 1822 constaba el número de los que buscaban la salud en los baños minerales, solo de 30,000 personas; actualmente ha ascendido esta á 400,000.

—La clase de leche que se vende en París está ocupando en la actualidad á algunos de los químicos de aquella capital. Aquí se consumen diariamente unos 300,000 litros (un litro es de media azumbre poco menos de leche), de cuya cantidad sin embargo ni la mitad es verdadera leche. Ya aquella que en el mismo París se adquiere en una cantidad no despreciable, es peor que la de afuera. A causa de la mala condicion de los establos y de los pastos, se vuelven físicas las vacas, clara la leche, esta se oxida y corrompe, otra mezclándola, la manteca que se obtiene de ella es aceitosa y se vuelve fácilmente rancia. Pero lo que es grandioso es la adulteracion. Los ganaderos, los contratistas y los revendedores de leche, todos estos y cada uno por su parte, tratan de ganar, y así es que la dilucion de la leche, cuando llega á manos del consumidor, la reduce generalmente á la mitad y frecuentemente á menos. Pero para aproximar de nuevo en parte el color, en parte el sabor de la leche diluida á los de la pura, se agregan las sustancias siguientes: jugo de palo dulce, jugo de zanahorias, azúcar cande, almibar, cogucho, goma arábiga, cola de pescado, harina y clara de huevo, y hasta el seso machacado de los animales, sirve de ingrediente de la leche pura. Casi siempre tienen que emplearse varias de estas sustancias, porque una sola no posee las cualidades necesarias para producir una adulteracion bien disimulada. Por desgracia no han sido hasta ahora suficientes ni aun capaces de probar á las claras una dilucion fuerte de la leche todos los instrumentos y aparatos que se han empleado.

—En la América del Norte se principia á colocar en unos y otros puntos empedrados de hierro, despues de que algunos pequeños ensayos verificados en Glasgow en Escocia han ensayado el modo de hacerlo. Es el caso que se unen pedazos de tubos de hierro colado y de 12 pulgadas de diámetro, y abajo cerrados, juntándolos arriba por medio de sus cantos dentellados á fin de que no se disloquen. La parte interior de esta especie de botes está dividida en cuarteles, para evitar que los cascos de los caballos no entren y al contrario tengan un cierto apoyo. Los vacíos de estos cuarteles y los espacios entre uno y otro tubo se hallan rellenos de guijarros finos. La calle Howarostreet en Boston (América) se halla empedrada de este modo. Esperamos hasta ver si esta invencion se aprueba.

—En París se está edificando una grandiosa mezquita con su correspondiente cementerio para los musulmanes. El ayuntamiento contribuirá en parte á los gastos necesarios.

—De la extraordinaria animacion que reina en la música nacional de Bélgica, da una prueba la siguiente relacion: en la Bélgica existen actualmente 662 sociedades para la música armónica y el canto en coros. La provincia de Amberes, 59; Bravante, 94; los Handes occidentales, 74; idem orientales, 143; Henao, 141; Lieja, 49; Limburgo, 28; Luxemburgo, 15; y Namur, 59.

—Las primeras monedas romanas que se encontraron en América, se hallaron segun el *Eco de Panamá*, en Panamá viejo (donde estuvo en otro tiempo el Panamá de los españoles) y en una vasija grande de barro. Se componen de monedas de cobre del siglo III y IV y llevan los nombres bastante legibles de Diocleciano, Maximiliano y Constantino.

## EL LADRON DE LA CORTE.

(Continuacion.)

—¡Ya, capitán! debeis aun sufrir mucho.

—¡Ah! sí... sufro, estoy enfermo; pero es á causa de que no he robado nada hace dias, y quiero robar algo para curarme. Seguidme: aun faltan dos horas de día, y debemos aprovecharlas.

Con la mayor precaucion se dirigieron al centro de la feria. Despues de algunas exploraciones, ayudado Boleslao por sus compañeros, llevó á cabo una porcion de raterías. Bolsas y halajas pasaban con destreza increíble de sus manos á las de sus cólegas, porque él nada guardaba de sus hurtos; pero un peletero cuyos bolsillos visitaba, volviéndose vivamente le señaló como ladron á la concurrencia. Aunque no fué sor-



La niña.



La joven.

prendido en el acto, bastó este grito para que en seguida se viera rodeado de gente, y no tuviera mas tiempo que para decir á sus camaradas:  
—¡Huid!

entregado al sueño mas tranquilo. A la siguiente mañana el burgomaestre, dándose toda la importancia de un magistrado subalterno, se constituyó con cuatro jueces en audiencia. El acusado debía comparecer tambien.

—¿Vuestro nombre?  
—Fielding.  
—¿Vuestra edad?  
—Treinta y cinco años.



La muger.



La vieja.

El burgomaestre del vecino pueblo, que para conservar el orden asistia á la kermesada, se precipitó sobre el ladrón ayudado por cuatro dependientes de policía. Boleslao no hizo resistencia alguna, y se dejó prender. Condújosele á la cárcel del pueblo, donde pasó la noche

La sala era grande, y se hallaban en ella reunidos casi todos los extranjeros que habian acudido á la feria. Boleslao ocupó el banco de los acusados. El burgomaestre, que creia haber hecho una importante captura, le preguntó:

—¿El lugar de vuestro nacimiento?  
—Stokolmo.  
—¿Teneis defensor?  
—No, porque soy muy pobre para pagarle; pero soy inocente, y me defenderé como pueda.

—Acusado, ayer se han cometido muchos robos en la feria; y habiéndose querellado el peletero Keller de que habiais pretendido robarle tambien, creo deber haceros responsable de todos los hurtos de que tengo noticia.

—Así se ahorra la justicia tener que hacer pesquisas, señor burgomaestre.

—¡Callad y responded. ¿Para qué os acercáis al señor Keller?

—Para hablarle de mis negocios.

—¿De qué negocios?

—Oid. Yo soy descargador en el puerto de Stokolmo: fui empleado con otros diez camaradas para llevar mercancías á la feria, con destino á Keller, segun creo; pero habiéndose marchado el que nos ocupó, le tiré al señor por el vestido para preguntarle si le habia pagado nuestro trabajo, porque yo nada he recibido.

—Keller, ¿reconocéis á ese hombre por haberle encargado trasportar vuestras mercancías?

—No, señor juez: solo le conozco por un ratero.

—Quizás no lo soy tanto como los comerciantes que roban á todo el mundo: ¿ois, vendedor de pieles de oso peladas?

—Señor juez, ese malvado ataca mi honor.

—Bien, muy bien. Acaso vuestro honor seria tan frágil como las pieles de oso, y se habra pelado como ellas.

Y dirigiéndose á Boleslao continuó el juez: —Fielding, vuestra historia puede ser verdadera; pero por mas natural y verosímil que sea, la justicia no os cree una palabra.

—¿Por qué? ¿Cuándo aun tengo en la cabeza y en las muñecas las cicatrices de las heridas que me he hecho arrastrando hasta la feria fardos y baulles, me decís que no digo verdad? ¿Qué pruebas necesitáis entonces? ¿Quereis que tome al cielo por testigo?...

—Es inútil, Fielding: escuchad; se han cometido numerosos robos y no puedo dispensarme de declararos su autor. Si otro lo fuera por casualidad, como no le tenemos en nuestro poder, y si á vos, esta circunstancia os es muy favorable, mi buen amigo.

—Señor presidente, dijo el escribano, un extranjero quiere hacer algunas revelaciones que segun dice pueden servir de mucho.

—Si puede ilustrarnos, eso justamente deseo. Que entre.

Entonces se presentó al tribunal un hombre de aire y fisonomía distinguidos.

—Señor burgomaestre, dijo, he mirado detenidamente al culpable, y creo poder aseguraros que tenéis en vuestro poder al mas célebre ladrón de la Suecia, á Boleslao.

—¿Boleslao! exclamó la concurrencia admirada.

—¡Oh gran Lutero! añadió el burgomaestre mirando estáticamente al acusado; si así fuese, estaria ya hecha mi fortuna.

—Hé aquí en lo que me fundo, continuó el extranjero. Yo

tramos cara á cara en la escalera: me miró, me saludó políticamente, y se fué. Cuando mas tarde descubri el robo, recordé sus facciones, que jamás olvidaré, y que son iguales á las del retrato que he visto en casa del jefe de policía.

Durante esta peligrosa declaracion, exacta en todos sus puntos, el rostro de Boleslao habia permanecido impassible;

espectador que parecia mas dispuesto á salir del tribunal que á figurar en la causa.

—Sí, á vos, señor; os reconozco bien, y no podeis haberme olvidado. Os ruego que confeseis lo que ha pasado entre los dos la tarde del dia de Noche Buena.

—¿Qué quereis que diga? No sé nada relativamente á vos; nunca os he visto, y me sois enteramente desconocido.

—¿Veis cómo nos estais engañando con fábulas? interrumpió el burgomaestre. Confesad, infame, que sois el verdadero Boleslao; confesadlo.

—Os suplico, señor juez, que tengais un poco de paciencia.

Y dirigiéndose con plañidero acento al testigo que invocaba:

—Me va en ello la vida, señor, dijo el acusado: ¿abandonareis á un padre de familia con muger é hijos cuando tan fácil os será salvarle?

—¿Pero de qué os he de salvar? respondió el interrogado. Entro aquí en este instante; no sé de qué se os acusa; y además, tengo otros negocios á que atender mas que á los vuestros.

—Vuestra respuesta es inhumana, señor, dijo el burgomaestre. Solo se os piden algunas noticias que no podreis rehusar. ¿Es verdad que habeis llegado á Stokolmo el dia de Noche Buena en un navio finlandés?

—Sí, es verdad; pero ¿qué prueba eso?

—¿Fuisteis á habitar el hotel del Gran Gustavo?

—Creo que sí: le abandoné á la mañana siguiente.

—Vamos, miradme bien, señor. ¿No recordais mis facciones? Decid: ¿no he desembarcado vuestro equipaje del navio para llevarlo al Gran Gustavo?

—Me estais fastidiando: os repito que no creo haberos visto una sola vez en mi vida.

—Consultad vuestros recuerdos; estoy seguro de no engañarme. Vos no tenéis interés en perderme, señor.

—Esperad: pues me obligais á hablar, ahora yo soy el que va á preguntaros.

—Responderé categóricamente.

—¿De qué era la maleta que trasportásteis?

—De cuero leonado.

—¿Qué tenia en derredor?

—Botones de cobre.

—Es verdad, señores. ¿Qué habia además sobre la maleta?...

—Una lámina del mismo metal.

—¿Qué habia grabado en ella?

—Dos letras; pero me será imposible recordarlas: escusadme, señores.

—Eso no importa, interrumpió el juez. Ninguno de nosotros, por buena que sea su memoria, podria retener una particularidad de ese género al cabo de dos meses.

—Señor presidente, continuó el testigo, esa prueba no es



Alegorias de los meses.



Alegorias de los meses.



Alegorias de los meses.

pero su corazon palpitaba con violencia. Miró al auditorio, y un instante después estaba mas tranquilo.

Vamos á saber la causa.

—¿Y qué respondeis á eso? le dijo con respeto el presidente. Explicaos, Boleslao.

—Señor presidente, ignoro qué interés tendrá ese hombre en darme el nombre de Boleslao: ¿de qué serviria que hallán-

dome yo en su lugar os dijese lo mismo de él ú otro individuo cualquiera, si hay tantos en Suecia de ese nombre como pueblos y ciudades?

—Esa contestacion es evasiva y pueril.

—Soy un pobre jornalero, y no conozco la astucia porque soy honrado; pero os daré razones, pues así lo quereis. Todo el dia de Noche Buena estuve en el puerto de Stokolmo ocupado en descargar un navio que llegaba de Filandia. Recuerdo que aquella tarde un hombre que me pareció caballero, me hizo conducir su equipaje al hotel del Gran Gustavo, cerca del mercado. Me pagó, volví á mi casa, cené con mi muger y mis hijos, y me acosté. Así pruebo yo la coartada.

—Todo eso está muy bien; pero no sabemos si lo que decís es verdad.

—¡Ah Dios mio! Si apareciese por ahí el viajero aquel... Me dijo que venia á Suecia para asistir á las fiestas de la gran kermesada; pero ¡se varia tan fácilmente de modo de pensar!

—Es verdad: su presencia y sus declaraciones os podrian servir mucho.

—¡Ah!... esperad... no... si... ¡Creo que

no me engaño!... es él... sí él es... señor burgomaestre, decidle que venga... ¡señor!... ¡señor!... allá abajo, en aquel grupo está... Acercaos, yo os lo ruego; venid á socorrer á un desgraciado!

—¿Es á mí? dijo designándose á sí mismo con el dedo un

irrecusable; dejadme dirigirla algunas preguntas mas difíciles. Debo deciros que el descargador á quien empleé era mas bajo que vos.

—¡Ah! es porque yo no he nacido para tan penosos trabajos. Miradme de pié: os juro que soy el mismo.

soy cambista en Nikæbing; hace cerca de dos meses... esperad: recuerdo que era el dia de Noche Buena, se introdujo ese hombre en mi casa por la tarde, y mientras mi muger dormia, se apoderó forzando un mueble de dinero y algunas joyas. Lo que me hace reconocerle perfectamente es que nos encon-

—Aun falta una cosa que va á confundiros, y es que el otro hombre tenia los cabellos rubios.

—Señores, dijo vivamente Boleslao quitándose su peluca negra, mirad cómo soy rubio. He querido cambiar de color porque mis camaradas para injuriarme me llamaban el Rojo. Esto me ponía en ridículo con los viajeros, no me empleaban, y yo tengo necesidad de ganar mi vida.

—Teneis razon hasta cierto punto, añadió el burgomaestre. —En fin, señores, y esto terminará los debates, prosiguió el finlandés, el que condujo mi equipaje tenia las mangas de la camisa remangadas y reparé sobre su piel una señal azul, como las pinturas que se hacen en el cuerpo los salvajes.

—Miradla, dijo el acusado mostrando su brazo. —Nada tengo que añadir. Estoy convencido. —Y yo tambien, añadió el primer acusador, me habia engañado.

La justicia está mas convencida que vosotros, amigos míos, dijo el burgomaestre con dignidad. Infortunado Fielding, bajad de ese banco que no deben ocupar los hombres honrados: el tribunal proclama vuestra inocencia.

El peletero Keller fué condenado en costas. La audiencia terminó.

Todos los circunstantes rodearon á Boleslao con muestras de interés, y abierta en el acto una suscripción á su favor, vió en un momento llena de monedas de oro la gorra que tenia en la mano. Después de darles humildemente gracias por tantas pruebas de generosidad, se dirigió al bosque, donde le estaba esperando su acusador, que no era otro que Bording disfrazado con el traje del conde de Stem-Sture.

—¡Bravo, Bording! exclamó al verle, has desempeñado tu papel como un cómico consumado; ven á mis brazos, digno amigo. Te nombro mi segundo teniente. Ya me he desquitado de mis pérdidas ayudado por Bording, camaradas.

Aquella noche se pasó bebiendo y cantando la victoria de Boleslao.

Después todos se durmieron ébrios de júbilo y de licores.

CAPÍTULO XXIV.

Otro robo de Boleslao.

La escena, hábilmente conducida, que acababa de pasar en el tribunal, habia sido mucho tiempo hacia preparada en familia por el astuto y previsor Boleslao, que la habia ya repetido muchas veces en casos de apuro como el en que se acababa de encontrar.

Lo mismo que los rateros de la escena política y de la plaza pública, los grandes ladrones necesitan siempre rodearse de personas que secunden sus intentos.

Al día siguiente reunió su consejo Boleslao para acordar en qué debía desde entonces emplearse la comunidad. Repartióse entre todos el producto de los robos y la suscripción, y por casualidad acordóse el jefe del cofrecito de que se habia apoderado en el castillo de Medelshom.

Presentado por Bording, que al encontrarlo en el bolsillo de su vestido lo puso en salvo sin reparar en lo que podía valer, hizo Boleslao saltar la cerraja, y lo único que dentro se encontró fué una sortija con una hermosísima esmeralda, y en el fondo algunos papeles doblados y sellados con un sello largo y negro.

—¡Magnífica presa! dijo el jefe, una sortija que puede valer veinte rixdalas, y papelotes que para nada sirven. Está visto que en vez de robarles yo, me engañan á mí esos grandes señores, y por cierto que me alegraría de vengarme.

—Leed los papeles, capitan, dijo Bording. —¿Para qué? —¿Quién sabe si nos podrán servir?... —Veamos, pues lo que seis.

Y se puso á leerlos uno por uno: al llegar al tercero, exclamó admirado:

—¡Diablo, diablo! ¡Teneis razon, hijos míos!... Hay aquí cosas curiosas... Son las pruebas de una conspiracion; pero á nada pueden conducirnos.

Después, levantándose como un hombre dominado de sus pensamientos, dió unas cuantas vueltas por la choza, volvió á leer el papel que en la mano tenia, y dijo al fin con tono inspirado:

—Vosotros, amigos míos, habeis seguido todos los cambios de mi fortuna; me habeis sido adictos como lo son los hijos á su padre, y el momento ha llegado en que quizá pueda probaros que soy verdaderamente el vuestro. Voy á aseguráros á todos una fortuna y un porvenir, sin que la justicia tenga en nada que meterse.

—¿Cómo? exclamaron todos con la boca abierta. —Os lo diré cuando lo haya conseguido: básteos saber que voy á arrostrar el mas atroz de los peligros; pero que mi valor no cesará delante de esta prueba. Si sucumbo, me vengareis; si triunfo, seremos todos felices.

—Bien: ¿qué mandais? —Que partamos al instante á Stokolmo.

CAPÍTULO XXV.

El ladron de la corte.

Desde el día en que Rimberg le llevara los despojos mortales de la princesa Sofia, estaba el rey Erico dominado por los mas sombríos pensamientos, y aumentáronse su tristeza y su desesperacion hasta lo infinito, cuando recibió la carta en que Catalina destruía todas sus esperanzas anunciándole que para siempre le abandonaba. Su situacion era tanto mas terrible, cuanto que no podia esplicarse este cambio tan súbito, esta abjuracion tan imprevista.

—Yo no he nacido para ser amado, se decia á sí mismo. ¿El poder me hace ser temido? Pues bien, yo se lo haré sentir á mis enemigos; si Dios no me ha dado otra mision sobre la tierra que la de soberano, yo sabré cumplirla.

Gustavo le sorprendió ocupado en estas reflexiones. —Señor, le dijo, habiéndose declarado la guerra á la Dinamarca, vengo á pedir permiso á vuestra majestad para ir á ella: no tengo que perder mas que la vida; dejadme ir á morir por vos.

—¿Tambien vos, conde, quereis abandonarme? ¿no me ha de quedar un solo amigo? Comprendo cuánto tendrán de dolorosos vuestros recuerdos; pero no partais: tened valor

para vivir por mí. ¡Ay! yo tambien he perdido á la que amaba... ella ha muerto para el mundo, no existe entre nuestras dos amadas mas diferencia que la sepultura... y yo tengo que vivir para reinar... para ocuparme de la felicidad de un pueblo entero que no comprende mis sufrimientos, y que paga con ingratitud las penas que por él paso. Esto debe el hombre decir al amigo para convencerle; como rey, señor conde, os prohibo ausentaros de la corte.

—¡Ah, señor! obedeceré; pero no haceis mas que prolongar mis dolores... la llaga de mi corazon nunca se cicatrizará. —Trataremos de consolarnos mutuamente. Os he nombrado gobernador de Orby-Hus; si quereis visitar esa prision de estado, podeis hacerlo; pero habeis de volver dentro de algunos días.

Gustavo saludó, y salió. Después que quedó solo, ocupóse Erico en la redaccion de un plan de ataque contra Federico, rey de Dinamarca. El almirante sueco habia batido diferentes veces la flota danesa; pero como Erico se veia dueño del mar, queria estender sus conquistas hasta las costas orientales de la Zelandia, y apoderarse de Copenhague. Las instrucciones que comunicaba á sus generales eran hábiles y prudentes. Los historiadores, que le hacen justicia al ocuparse de su reinado, estan todos acordes en que, durante estas guerras de coalicion que contra él sostenian la Polonia, la Livonia, las ciudades anseáticas y la Rusia, unidas á la Dinamarca, Erico demostró mucha presencia de ánimo, talento y valor.

Hacia algunos dias que el príncipe Juan, cuyo casamiento con la hija de Segismundo habia incomodado tanto al rey; el príncipe Juan, volvemos á decir, por un acto de sumision inconcebible en su carácter, habia pretendido el perdón de su hermano, y vivia en la corte con su hermana Isabel. Los dos ponian gran cuidado en que no se trasluciesen sus relaciones con el soberano, porque sabian que este rey, dulce y afectuoso en su intimidad con amigos verdaderos, era irascible y arrebatado cuando se le queria poner trabas en el ejercicio de su poder. Su carácter iba cada día siendo mas sombrío y desconfiado.

Aun cuando ya habia advertido Erico aquella variacion de Juan y de Isabel, no la atribuía á la fuerza de la sangre, y esperaba que algun acontecimiento imprevisto viniera á revelar le la causa.

En este estado se encontraba el ánimo del rey algunos dias después, cuando recibió este singular billete: «Rey de Suecia: «Un hombre que tiene en su poder las pruebas de un complot contra vuestra corona y vuestra vida, os suplica le concedais una entrevista secreta. »Desearia que se verificara por la noche, y sin luces, pues no quiere ser conocido. »Sus revelaciones os harán comprender este misterio. »Será preciso enviarle á buscar en un coche con las armas reales. Se hallará en el hotel de la Marina, y subirá en el carruaje así que le vea. »Esta precaucion le escusa de decir su nombre.»

Erico leyó y relejó este raro mensaje, acabando por pensar que lo habria escrito algun loco. Aunque le arrojó sobre la mesa, le preocupaba demasiado para dejar de pensar en él.

—¿Será un asesino quien me lo envia, se preguntaba, ó quizá alguno que proceda con sinceridad? Muchos príncipes y reyes han perecido víctimas de intrigas de esta especie. Nunca falta un hombre que sea sobradamente fanático para arrostrar la muerte, solo porque se hable de él... ¡Y quiere estar solo y á oscuras! ¡Oh! ¡no, sus designios no son alevosos! un crimen así podría sospecharse, y seria muy fácil tomar precauciones que destruirian sus planes... ¿Pruebas de un complot? Yo sé que en torno mio se han tramado muchos que nunca he podido descubrir... Acaso la casualidad haya hecho ir á parar las pruebas de alguno á manos de ese desconocido. La noche se acerca... le recibiré.

El rey llamó fuertemente. Un criado entró.

—Decid al intendente de palacio que envíe un carruaje con mis armas al hotel de la Marina, y decid al propio tiempo á mi capitan de guardias que tengo que hablarle.

Poco después de haberse marchado el doméstico, el capitan se presentó. —Caballero, le dijo Erico, vais á situar junto á este gabinete cincuenta soldados, y hareis guardar sus cuatro puertas. Al primer campanillazo, al mas ligero ruido entrarán vuestros guardias, y se apoderarán de la persona que yo les designe.

—Bien, señor, respondió el oficial al retirarse para ejecutar estas órdenes. El rey encendió la lámpara que ordinariamente alumbraba su escritorio, y la ocultó detrás de una tapicería. La habitacion quedó sumida en la mas profunda oscuridad. El rey tomó dos pistolas cargadas y una espada. Estas calculadas precauciones daban bien á conocer el carácter desconfiado de Erico XIV.

Así prevenido esperó mas de una hora. La noche estaba ya bastante avanzada. Entrebrióse la puerta del fondo, y una persona entró en el gabinete.

—El es, pensó Erico. —¿Sois vos, señor? dijo el reciénvenido, yo soy el que...

—Acercaos. Y el rey requeria su espada. —Aquí estoy; pero está esto tan oscuro... y cuando no se conoce el interior de los lugares... —¡Es singular! respondió el rey; teneis una voz que ya he oido muchas veces. —Yo tambien reconozco la vuestra, aunque no recuerdo cuando...

—Habeis exigido que nuestra entrevista se verifique á oscuras, y ya veis que he accedido á vuestros deseos. —Sí, y os lo agradezco. —Veamos; contadme lo que sabeis relativamente á ese complot de que me habeis hablado. —Un instante, señor; quisiera ante todo...

—¿Qué quisiérais? —¡No, por mí fé! tanta prisa! Tengo en vos confianza, y os entrego los papeles sin condiciones. Después hareis de mí lo que os parezca. —¿Qué significa... dijo el rey tomando lo que le ofrecia el

desconocido; ¿sereis quizá uno de los culpables, y el arre-pentimiento...

—No, no, os equivocais. Yo no he tomado nunca parte en conspiraciones. Paso el tiempo en otra clase de ocupacion.

—Si estos papeles son importantes, ¿será preciso leerlos en el acto en vuestra presencia?

—Ciertamente. —Pero es imposible, porque no tenemos luz. —Es verdad: no habia pensado en eso. ¡Soy un imbécil!

—Traeis armas? —No, señor. En prueba de la confianza que le inspiraba, el intendente de vuestro palacio me ha registrado al entrar, y nada me ha encontrado.

—¿Qué razones teneis para no daros á cononer? —Muchas, mas de mil, y la primera de todas que me es-pongo á ser colgado si así os place.

—¿Y si os doy mi palabra real de que no me placirá? —Habria adelantado mucho, y no seria tan temeroso. —Pues bien; sea así, nada teneis que temer.

En este instante el rey levantó la tapicería, y la luz de la lámpara alumbró á la vez el rostro de los interlocutores. —¡El judío de la taberna! gritó el uno.

—¡Boleslao! dijo el otro. —¿Me conoceis? añadió admirado este último.

—Vos me conoceis tambien, respondió Erico. —¡Ah! ¡sois el rey! Ya no temo tanto por mi cabeza...

Recordais el peligro de que os salvé en casa de Catalina? —Sí: entonces os ofrecí, y aun os debo, quinientas piezas de oro en recompensa de aquella accion. ¿Las quereis ahora mismo?

—Hablares de eso mas tarde. —Creo que esa conspiracion y estos papeles que me habeis dado han sido una astucia vuestra para reclamarme en persona el dinero...

—De ningun modo. Os juro que no sabia que era el rey mi deudor. —Vamos: habeis visto mi retrato en las monedas...

—No he pensado en tal cosa: he usado de tanto misterio porque temia vuestra justicia. Ahora que estais de bastante buen temple para no arrojarme de vuestra presencia y mandarme colgar, os ruego examineis esos documentos, pertenecientes á una historia que os contaré en pocas palabras, cuando querais.

El rey se puso á leerlos con la mayor atencion. —¡Es posible! exclamó con vehemencia: ¡mi hermano y mi hermana Isabel á la cabeza de esta lista de asesinos! Los condes de Harald, Platting, Falter, Wadestena... y Stem-Sture!... ¡mi compañero de placeres, cuyas deudas he pagado diez veces!...

—Perdonadme, señor, si os interrumpo; pero eso no es así. Nosotros le hemos robado en el camino, y su traje me ha servido para entrar en el castillo de Medelshom, donde he hallado en una cajita estos papeles.

—¿Y qué importa? no por eso son menos culpables sus intenciones; pero ¿cómo han venido á vuestro poder estos preciosos documentos? —Los hallé buscando otra cosa mas metálica y sonante. Para que mas os entereis, hé aquí lo que ha pasado.

Boleslao contó al rey cuanto habia visto y oido. Al llegar á la carta que Catalina escribió amenazada de muerte, el rey se levantó, le hizo seña de que callase un instante, y abriendo una gabela mostró al capitan de bandoleros el original de la carta de Catalina, en que este reconoció todas las espresiones que habia oido dictar.

—¡Ah miserables! exclamó Erico; ¡todo lo comprendo ya! ¡Piedad, perdon para ellos! no: ya es tiempo de que mi venganza los aniquile. Pero decidme, Boleslao, ¿qué han hecho de esa pobre niña? ¿qué ha sido de ella?... ¡ay de mí!...

—Tanto no podré decirlos, señor, porque no presencié los siguientes sucesos: me encerraron en un subterráneo. —Si no la han asesinado es preciso que la encuentre, y la encontraré á su pesar, y la coronaré reina de Suecia. De todos los servicios que hasta ahora me habeis hecho, este es el que mas estimo, y para el que no encuentro recompensa. Pedidme cuanto querais: os empeño mi palabra real de que os lo concederé.

—¡Diablo! me apuran tales ofertas un poco: no puedo servir un destino público porque mis antecedentes me lo impiden: ¡ah, señor! voy á haceros una proposicion que os sorprenderá; pero os amo, y quiero vivir siempre á vuestro lado... Nombradme ladron de la corte.

—¿Ladron de la corte? —No hay otro empleo tan digno de mi capacidad, y que tan bien me venga. —Pero me vais á hacer cometer una locura, cuando os hablo muy formalmente.

—Y yo tambien. Entre los grandes señores que teneis empleados en vuestra administracion hay algunos que dilapidan al pueblo con la misma impunidad y privilegios que el rey, yo los robaré á mi vez. Solo pido que se me conceda imitarlos. —Si no estuviese mi espíritu tan agitado por las penosas revelaciones que acabais de hacerme, me costaría gran trabajo, os lo confieso, no reirme de vuestra rara peticion. Os la concedo, porque tengo mi palabra empeñada.

—Y yo la acepto, señor. Ya vereis qué de cosas nuevas... no quitaré á vuestros cortesanos mas que lo superfluo... siempre les quedará de sobra para derrochar. El rey tomó una pluma y estendió el título, que dió á Boleslao.

—Tomad, le dijo, no hagais mal uso de él. —Estad tranquilo, señor. Solo me emplearé en beneficio del comercio. —¡Ah! añadió Erico reflexionando, me cabe mucha duda acerca de estos pormenores sobre los revolucionarios; ¿qué significa esta esmeralda?

—Creo que ha de ser una especie de contraseña, porque todos los enmascarados que ví en Medelshom tenian una sortija como esa. Y señalaba la que habia encontrado en la cajita. —Dejadmela aquí: debe figurar en el proceso de alta traicion que va á ser presentado al supremo tribunal. Idos, Boleslao, y tomad esta bolsa.

El rey fué á sacarla de la gabela que antes habia abierto; pero no la halló.

—¿Qué significa... dijo el rey tomando lo que le ofrecia el

desconocido; ¿sereis quizá uno de los culpables, y el arre-pentimiento...

—No, no, os equivocais. Yo no he tomado nunca parte en conspiraciones. Paso el tiempo en otra clase de ocupacion.

—Si estos papeles son importantes, ¿será preciso leerlos en el acto en vuestra presencia?

—Ciertamente. —Pero es imposible, porque no tenemos luz. —Es verdad: no habia pensado en eso. ¡Soy un imbécil!

—Traeis armas? —No, señor. En prueba de la confianza que le inspiraba, el intendente de vuestro palacio me ha registrado al entrar, y nada me ha encontrado.

—¿Qué razones teneis para no daros á cononer? —Muchas, mas de mil, y la primera de todas que me es-pongo á ser colgado si así os place.

—¿Y si os doy mi palabra real de que no me placirá? —Habria adelantado mucho, y no seria tan temeroso. —Pues bien; sea así, nada teneis que temer.

En este instante el rey levantó la tapicería, y la luz de la lámpara alumbró á la vez el rostro de los interlocutores.

—Gracias, le dijo Boleslao, está ya en mi bolsillo...  
—¿Cómo! ¿os atrevisteis?...  
—Desde esta noche entro en el ejercicio de mis funciones.  
Y salió, dejando al rey estupefacto por su destreza y su audacia.

Si el suceso que acabamos de referir y el título obtenido por Boleslao no fuesen auténticos por demás, cualquiera los creería absurdas invenciones; pero nos abonan las noticias históricas que hemos leído en la colección de *documentos interesantes* de Mr. de la Place. La probidad literaria de este sabio está demasiado reconocida para que se pueda sospechar que haya querido engañarnos. Rarezas como estas pueden suceder, pero no inventarse.

La lista de los conspiradores fué enviada al gran canciller, aunque con un nombre de menos, pues el rey por bondad había borrado el del conde de Stem-Sture, hijo de aquel magistrado. En una explicación que tuvo con aquel atolondrado joven, quedó Erico sobradamente convencido de que había sido llamado á Medelshom sin decirle para qué.

Presos al día siguiente por la tarde los caballeros de la Esmeralda en un festín que con tal objeto dió el rey, fueron juzgados y condenados á muerte.

En el transcurso de un mes que duró la causa, imaginó Erico contra su hermano Juan una chanza que con razón le criticaban todos los historiadores. Vistió á un mendigo el traje que comúnmente usaba el príncipe, y con una corona de paja en la cabeza le hizo recorrer sobre un mal jaco las calles de la ciudad.

Esta acción, propiamente sueca, obtuvo un gran éxito. Antes de pronunciarse el fallo que imponía al príncipe Juan la pena de muerte, pudo Isabel emigrar á Polonia.

El rey aparentó olvidarla. Su hermano, menos dichoso que ella, fué encerrado en Orbi-Hus bajo la custodia de Gustavo de Rimberg, y despojado de su título de duque independiente de Finlandia. Su patrimonio se agregó á la corona, que lo ha conservado hasta la conquista rusa.

El día fijado por el decreto del tribunal para la ejecución de los caballeros de la Esmeralda, se acercaba. Todas las grandes familias de la Suecia habían hecho inútiles tentativas para templar el furor de Erico, que se manifestó inflexible, y solo retardó algunos meses la ejecución.

En este intervalo se personó secretamente en la prisión de Juan, y después de haberle afeado su envidia y sus crímenes políticos, añadió indignado:

—Pero no es á mis ojos la mayor de vuestras faltas el haber hecho cómplice de mis asesinos, no; sino el haber tomado una infame venganza de una pobre jóven que no os había hecho daño alguno, y cuya culpa consistía en amarme.

—¿Como! ¿habeis averiguado?... exclamó el príncipe.  
—Lo sé todo... Después de haberla obligado á hacer una adjuración, cuya impedida vos solo pagareis, ¿no habeis mandado que la den muerte?

—¿Nunca lo sabreis!  
—¡Miserable! dime lo que ha sido de ella, ó sufrirás los tormentos con que la has amenazado!

—Esa acción sería muy digna de vuestra crueldad. ¿Sería muy hermoso probar al mundo, que os ha de juzgar un día, que vuestro cetro es un hierro candente con el cual habeis marcado los miembros de vuestro hermano!

—¿Mi hermano! no lo sois... Habeis querido perder ese título, rompiendo por atentados contra vuestro rey todos los lazos que á él debian uniros. ¿Sabeis que os espera el cadalso, príncipe Juan, y que puedo hacerlos subir á él antes de una hora?

—Estoy dispuesto.  
—No apagueis con esa tenacidad la última chispa de fraternal amor que en mi corazón se abriga. Por última vez, ¿qué habeis hecho de esa jóven?

—No os respondo, ni os responderé.  
—Pues bien: ¡caiga vuestra cabeza al golpe del hacha de la justicia! Había venido á veros para perdonaros, si no os empeñáseis en ser hasta el fin un monstruo. Pedid á Dios perdón de vuestros crímenes, porque os queda poco tiempo para obtener su misericordia. Adios.

(Continuará.)

LAS TRES REINAS.

(Continuacion.)

—¿Cuánto durará, á vuestro parecer, esta comedia? preguntó riéndose Noailles.

—Ni un día, ni una hora, si estos desconfiados y tímidos ingleses quieren unirse y seguir mis consejos.

—Es que os temen mas que á Northumberland.  
—Y sin mi cooperacion nada conseguirán, porque hoy dispongo de la suerte de este reino.

—No conozco á fondo vuestros medios, aunque no ignoro que trabajais contra la reina Juana Dudley con una actividad sorprendente.

—No es menos cierto que vuestras maniobras diplomáticas escitan las sospechas del duque.

—Señor embajador de España, olvidais que os observa hace tiempo con marcada preferencia.

—¿Bah! ¿Y eso qué importa? Bien puede observarme hasta el fin de los siglos, porque nada verá de la conducta que debe guardar el representante de una nación amiga. En cuanto á vos es otra cosa: maniobrais á la luz del día, y os espondeis á recibir vuestros pasaportes.

—¡Oh! No quisiera que eso sucediese; se me figura que hago falta aquí.

—Soy de esa misma opinion; pero creo que debeis tomar otro rumbo.

—¿Cual?  
—El mio.  
—Esplicádmelo.

—Abrid los ojos, observadme, como decís que lo hace el duque de Northumberland, y... os aseguro que vereis todo lo que necesitais para vuestro gobierno.

—Está bien; contad con mis esfuerzos.

—Escusado es que os ofrezca los míos; ya sabeis que trabajo; lo que acaso no haya llegado á vuestra noticia es que tambien trabajan otros.

—¿Sus nombres?  
—Son poco importantes: lo esencial es que yo pueda contar con vos.

—Os lo juro, aun cuando sea preciso que muera Northumberland...  
—A manos del verdugo; los traidores no deben morir de otro modo.

—Entro pues en la conspiracion, porque deseo presentar á la reina Maria la cabeza de Northumberland. Será un presente tan digno como el de la de Ciceron á Fulvia.

—El mio será mejor, porque la ofreceré la cabeza mas hermosa y mas sabia de Inglaterra; la de la reina Juana.

Durante esta conversacion se habia aumentado el régio acompañamiento con otros muchos personajes del consejo privado, como los condes de Arundel, de Sherwensburg, de Hungtinton y de Pembroke, lord Cobham, lord Rich y otros muchos, entre los cuales no debemos omitir á Sir William Cecil, primer secretario de Estado, y á quien después se llamó *el gran lord Burghley*. Pembroke y Cecil iban juntos; y aunque afectaban la mayor tranquilidad, conocíase á tiro de ballesta que sus ánimos no estaban muy serenos. No bien tuvo ocasion el segundo, cuando apretando el brazo al primero, le dijo al oído:

—Estamos perdidos, milord! Los mensajeros que enviásteis á la reina María han sido detenidos, y en el mismo caso se encuentran mis fieles criados Alford y Cayewood: felizmente iban en cifra los despachos; pero las sospechas de Northumberland harán que no se dilate su venganza. Todavía podemos huir y... ¿No será fácil buscar un pretexto para dirigirnos sin tardanza á vuestra residencia de Baynard's-Castle? Si entramos en la torre de Lóndres, tiemblo por nuestros días.

—Estoy menos comprometido que vos, respondió el conde; pero en todo caso, nunca procuraría libertarme de un peligro que amenaza, lo mismo que á mí, á los que han conspirado conmigo. Por otra parte, hemos avanzado mucho para que ahora podamos batirnos en retirada; suceda pues lo que quiera, acepto desde luego los resultados. Además, tenemos á Simon Renard, que basta para hacer frente á Northumberland y al mismo diablo en persona: animaos por consiguiente, que al fin triunfaremos de todo.

—Si yo estuviese seguro de Renard, me consideraría en buena posicion; pero estoy al corriente de sus manejos; demasiado conozco su mala fé y su perfidia para tener en él la menor confianza.

—Le calumniais por lo tocante al negocio que traemos entre manos... Pero mirad; todos se han embarcado á escepcion de la familia real y nosotros. ¿No observais tambien cómo ha cambiado el tiempo? Se está formando una tempestad sobre la Torre de Londres, y ese es un presagio funesto para Northumberland.

—O para nosotros, murmuró Cecil tristemente.  
En aquel instante anunció el eco de los clarines la llegada de Northumberland, que acompañaba al duque de Suffolk, padre de la reina. Es imposible imaginar un continente mas majestuoso que el del primero, ni tampoco un traje mas magnífico y brillante. Aunque sus facciones y su mirada de águila revelasen la dureza, la altanería y el orgullo de su alma, era notablemente hermoso, y en toda su persona se observaba una noble y caballeresca postura. Hablaba con el padre de Juana Dudley y le decía sonriéndose, á fin de que nadie pudiese comprender el sentido de sus palabras:

—La conspiracion va tomando, segun parece, formas algun tanto mas pronunciadas, lo cual celebro mucho, porque al menos pronto sabré á qué atenerme. Tengo motivos para creer que se trata de asesinarme y derribar del trono á vuestra hija.

—El cielo nos libre de semejantes desgracias, contestó el duque; pero me repugna creer que entre nuestra vieja nobleza haya individuos que acepten el miserable oficio de asesinos.

—El jefe de tan tenebroso complot no es inglés.  
—Tampoco será, de seguro, el ligero, el frívolo Noailles. ¡Ah! Ya caigo... el intrigante, el traidor Simon Renard...  
—Vuestra Gracia lo ha nombrado.  
—¿Y sus cómplices?

—No los conozco todavía, pero he hecho que todos caigan en la misma red: he discurrido una estratagemas, por medio de la cual se distinguirá pronto el oro verdadero del falso. ¿Qué juzgará vuestra Gracia de lo que voy á decir? Maria ha dirigido al consejo una carta, por medio de la cual reclama...  
—¿Qué?  
—La corona.  
—¡Cielos!

—Aquí la tiene vuestra Gracia, repuso Northumberland enseñándole un papel arrollado á su baston de mando: pronto la tendrán ellos tambien á la vista; pero antes de partir voy á dar las órdenes necesarias para la proclamacion. Heraldos, gritó en seguida, proclamad inmediatamente á la reina Juana en la Cruz de Charing, en Cheapside y en la calle de la Flota. Llevad buena escolta; y al menor signo de descontento tratad á los perturbadores del orden segun sus méritos. ¿Me habeis entendido?

—Vuestra Gracia será testigo de nuestra obediencia, respondieron los heraldos después de recibir de manos del duque la fórmula escrita de la proclamacion.

Poco después se alejaron, y Northumberland entró en su barca con el duque de Suffolk.

Un capitán de la guardia, precedido de dos trompetas, bajó de la residencia y anunció en alta voz que su majestad la reina Juana iba á embarcarse. El cielo se encapotaba cada vez mas, y no bien confirmó aquella noticia la segunda descarga de artillería, cuando semejante á una voz siniestra y amenazadora estalló un horrible trueno. Todos los espectadores, llenos de supersticioso terror, parecían de hielo, cuando se presentó la reina. A su lado figuraba su esposo lord Guilford Dudley, jóven que habia heredado la varonil belleza, la ambición y el orgullo de su padre, pero que no poseía las eminentes cualidades ni la profunda doblez del duque. Seguian á la ilustre pareja las duquesas de Northumberland y de Suffolk, lady Hastings, hija de la primera, y gran número de damas de las familias mas ilustres del reino.

La multitud, al aspecto de Juana, prorumpió, á pesar de sus prevenciones, en un prolongado grito de sorpresa y de admiracion, pues eran tan nobles y tan dulces sus miradas, que al mismo tiempo que imponian respeto, parecia como que imploraban un favor. Acababa de cumplir diez y seis años; pero en su frente se reflejaba ya la prudencia de la edad madura. Y esto consistia en que hasta entonces habia pasado en un estuoso retiro muchas horas que, para otras jóvenes, trascurren en la disipacion y en el ocio; en que después de haberse iniciado en los mas profundos conocimientos, habia aprendido á pensar; en que el talento y la reflexion suplían en su ánimo á la esperiencia.

En el momento en que ponía el pié en la plancha que establecia entre la orilla y la barca real una comunicacion cómoda y rápida, otra barca impelida por un jóven vigoroso, se separó del centro de la flotilla, y á pesar de las tentativas que se hicieron para detenerla, llegó junto á la reina. Una vieja, que estaba sentada á popa, se levantó al punto y estendió los brazos hácia Juana. Era una muger pobremente vestida; de la antigua cofia que cubria su cabeza, salian espesos mechones de cabellos grises; pero la espresion de su fisonomía era muy notable, y sus maneras parecían superiores á su humilde condicion. Fijó sus miradas en la reina y exclamó con acento de súplica:

—Gracia, gracia!  
—Os la concedo de antemano, dijo Juana bondadosamente. ¿Qué es lo que quereis?

—Salvaros... en nombre del cielo, no vayais á la Torre.  
—¿Y por qué, buena muger?

—No me preguntéis, no me preguntéis; pero tened presente mi advertencia: os repito que no vayais á la Torre, porque en la Torre está el peligro... peligro para vos... peligro para vuestro esposo... peligro para todos aquellos á quienes amais. Volved, ya que todavía es tiempo, volved á vuestra soledad de Sion-House; arrojad esas régias vestiduras; entregad la corona á aquella que debe ceñirla, y de ese modo gozareis una existencia pacífica y dichosa; pero si poneis el pié en esa barca, si atravesais las puertas de la Torre, el primer sol del próximo año no brillará para vos.

—Guardias, gritó lord Guilford Dudley adelantándose, alejad de aquí á esta bruja y á su compañero, y asegurad sus personas.

—Tranquilizaos, mi querido lord, dijo Juana; esta pobre muger está loca.

—No, Milady, no estoy loca, aunque he sufrido lo suficiente para perder el juicio.

—¿Puedo aliviar vuestros males?  
—Sí; siguiendo mis consejos: yo solo necesito... un sepulcro.

—¿Quién sois, preguntó con ira lord Dudley, para atreveros á hablar de ese modo á la reina?  
—Soy Gunnor Braase, nodriza del anciano lord protector, Enrique Seimour, duque de Sommerset, que pereció en el cadalso por los odiosos manejos de vuestro padre.

—Mira, vieja de Satanás, que lo que dices puede costarte la vida.

—Ya lo sé; pero esa idea no me impondrá silencio, y con tal que pueda salvar de su pérdida á esa bellísima jóven, colocada al borde de un abismo por las intrigas de vuestro padre, poco importa lo que deba acontecerme. Pagaré muy cara mi osadía... no lo ignoro, y el castigo se extenderá hasta ese jóven, que es mi nieto; pero aunque estas fuesen mis últimas palabras, aunque ese nieto estuviese destinado á espíarlas con su sangre, no cesaré de repetir á lady Juana Grey: no vayais á la Torre... ¡oh! no vayais.

—Descubrete delante de la reina, bribon, dijo al jóven uno de los alabarderos, quitándole el casquete de la cabeza con la punta de su arma.

—No es mi reina, replicó el jóven con intrepidez: yo pertenecesco al partido de la reina Maria; el cielo y nuestra señora la protejan.

—Silencio, Gilberto! repuso Gunnor.  
—¡Traicion! ¡Traicion! gritaron algunos magnates; mueran los dos traidores!

—Que no se les cause el menor daño, dijo Juana; permítaseles retirarse libremente, y nosotros, milord... vamos á la Torre.

—Escuchadme, noble dama, antes que me separen de vos, añadió la vieja: no vais á un palacio, sino á una cárcel: mirad ese cielo iluminado por los relámpagos; hace media hora que estaba puro y sereno, pero á vuestro aspecto se ha vuelto sombrío y amenazador.

—Huye de aquí, le gritó lord Guilford.  
—Y vos, lord Guilford Dudley, que habeis unido vuestras instancias á las de vuestro infame padre para persuadir á vuestra esposa á que acepte la corona, no esperéis gobernar este reino. No sois mas que un juguete entre las manos de vuestro padre: cuando no os necesite, os arrojará á un lado, ó bien se desembarazará de vos por medio del verdugo, como hizo con lord Seymour, si no os suministra un veneno como el que ha propinado á su monarca Eduardo VI.

—¡Infame! exclamó lord Dudley: prendedla al punto.  
—No, no, querido lord, repuso Juana. ¿No veis que se halla trastornada la razon de esa desgraciada? Es fiel á la memoria del lord protector, y nada mas: por último, si mi reinado ha de durar tan poco como dice, al menos no se inaugurará con rigores: mi primer acto de autoridad será tambien un acto de clemencia. Tomad este anillo, pobre muger, añadió poniendo en su dedo un brillante, y cuando necesiteis una amiga, acordaos de la reina Juana.

Gunnor recibió aquel don precioso con señaladas muestras de gratitud; abundantes lágrimas surcaron sus mejillas, y cayó de rodillas en su barca ocultando el rostro entre sus manos. Al mismo tiempo viró su nieto de bordo, y no tardó en perderse aquella embarcacion entre las otras, de las cuales salian unánimes aclamaciones á la bondad y munificencia de Juana. Impulsada esta por un laudable sentimiento de modestia, se apresuró á sentarse en su barca y echó las cortinillas de seda. Poco despues se puso á contemplar la gótica catedral de San Pablo, destruida después por el gran incendio de Londres, y reedificada luego en el estilo moderno que hoy presenta. Bramaba la tempestad con tanta fuerza sobre la cúpula del majestuoso templo, que parecia próximo á quedar reducido á cenizas por la violencia del rayo.

—¡Ah! murmuró Juana tristemente, me veo amenazada como él...

No bien llegó á la opuesta orilla la galera real, cuando en la Torre de Londres y en todos los buques anclados resonaron nuevas salvas de artillería, con las cuales se mezcló el estrépito de los clarines y de las campanas. Allí también fué acogida Juana por la multitud con la misma frialdad, y como para completar el funesto presagio de la vieja, al mismo tiempo que su pié tocaba el suelo, el trueno que hacia ya algunos minutos habia cesado, retumbó de nuevo, para dirigir á la nueva soberana su última y suprema advertencia.

Al pié de la Torre la esperaban los principales personajes que la habian acompañado en la travesía del rio y acababan de desembarcar antes que ella. Al acercarse, todos los miembros del consejo privado hincaron la rodilla, y el duque de Northumberland le presentó las llaves de la Torre.

Entonces se desvanecieron las tristes ideas de Juana, y creyó que efectivamente era la reina de Inglaterra.

CAPITULO II.

Recibida Juana Dudley en la Torre de Londres con todas las ceremonias de costumbre, se retiró á sus habitaciones particulares para descansar, antes de asistir á una sesion del consejo privado, en donde un asunto de inmensa importancia iba á reclamar muy pronto é imperiosamente su presencia.

Muchos miembros del consejo se acercaron á Northum-

tonces se levantó, y volviéndose hácia los consejeros, desdobló un papel que tenia en la mano, y se espresó con grave y severo acento en estos términos:

«Sin duda, milords, no os sorprenderá mucho el saber que lady Maria, por medio de esta carta fechada en Kenninghall, proclama sus derechos imaginarios á la corona y os impone, en nombre de la felicidad que le debeis... á ella y á nadie mas... estas son sus palabras... el deber de que mireis únicamente por el honor y la seguridad de su persona, obrando de modo que sean acatados sus derechos en la ciudad de Londres y en otras poblaciones, con arreglo á las prescripciones de vuestra prudencia. ¿Qué decis á esto? ¿Qué respuesta dareis á una pretension tan arrogante y á unas aserciones tan insolentemente temerarias?»

—Ninguna, respondió el conde de Pembroke; las acogemos con el desprecio que merecen.

Eso es imposible, milord, repuso Juana, pues vuestro silencio se interpretaría de una manera poco conveniente á vuestro honor y al mio.

—En efecto, añadió Northumberland dirigiendo al conde furibundas miradas, y vuestro parecer, milord Pembroke, huele mucho á traicion. Yo os diré cómo debeis contestar á esa mal aconsejada muger. Declarareis en primer lugar que al fallecimiento de nuestro soberano Eduardo VI, ha quedado investida la reina Juana del poder supremo con todos los requisitos necesarios, no solo por las antiguas leyes del reino, sino en virtud de cartas-patentes del difunto monarca, firma-

emitido á la consideracion del Consejo sobre el particular? ¿Guardais silencio? Bien: esto quiere decir que os hallais satisfechos.

—Vuestra Gracia se apresura demasiado á sacar consecuencias, dijo el conde de Pembroke; yo no estoy satisfecho, y por lo mismo no firmaré ese escrito.

—Ni yo, añadió Cecil.

—Ni yo, repitieron otros señores.

—Eso lo veremos muy pronto, repuso Northumberland. Vuestra Gracia firmará el primero, señor arzobispo de Cantorbery... Bien: ahora vos, milord marqués de Winchester... Milord Bedford, vuestra firma... la vuestra, Northampton... Milord canceller, escribid vuestro nombre... Ahí va el mio... El último vuestra Gracia, milord hermano duque de Suffolk... Perfectamente. Ya veis, milords, que sabremos haceros frente.

—Si se firma y se envia ese documento, murmuró uno de los conspiradores, concluyen las esperanzas de Maria. Sospechará de sus amigos, y se embarcará inmediatamente para Francia, que es el resultado á que aspira Northumberland.

—Pues no lo conseguirá, dijo Pembroke, porque le faltarán las firmas que necesita.

—No respondo de ello, dijo sonriéndose Simon Renard.

—Ahora, milord Arandel, gritó el duque, tened la bondad de poner vuestra firma en el mensaje.

—Vuestra Gracia la esperará largo tiempo, respondió bruscamente el interpelado, porque tengo muy pocos deseos de mostrarme complaciente.



Los manuscritos de un poeta de provincia.—Aquí está el equipaje del huésped. ]

berland; pero después de contestar este con sequedad á sus preguntas, llamó á dos ugières á quienes encargó varios mensajes. Volvióse luego hácia Suffolk, y habló con él en voz baja durante largo espacio.

Conociendo los conspiradores que se sospechaba de ellos y que su seguridad estaba comprometida, se alejaron para consultar entre sí lo que debian hacer: unos opinaron que debian provocar abiertamente al teniente general; otros creyeron que el mejor partido era huir sin perder tiempo; estos querian renunciar desde luego á su peligrosa empresa; aquellos, menos atemorizados, sostenian que el duque no osaria tomar medidas de rigor, y que por consiguiente nada tenian que temer. En medio de aquel conflicto de opiniones, Simon Renard era el único que conservaba su imperturbable sangre fria.

—Demasiado cierto es que se han despertado las sospechas del duque, decia, y que sin duda medita represalias: no tardaremos en conocer sus proyectos; pero dejadme obrar, y respondo de que vuestras cabezas permanecerán tranquilas sobre vuestros hombros.

Media hora después, lord Guilford Dudley se presentó con la reina, que dió la mano á Northumberland para pasar al salon del Consejo. No bien se hubo sentado en el trono, cuando el duque se prosternó ante ella y la pidió su venia para comunicar á la asamblea una carta que acababa de recibirse de lady Maria. Juana le hizo una señal de asentimiento, y en-

das por su propia mano y selladas con el gran sello del Estado, en presencia de la mayor parte de los dignatarios, consejeros, jueces y otros muchos personajes tan sábios como prudentes, que han aprobado y firmado el acta. Direis también á su muger que, habiendo jurado fidelidad á la reina Juana, no podeis comprometeros en favor de su rival, sin haceros culpables de la mas infame felonía; le recordareis que, en consecuencia del divorcio del rey Enrique VIII y Catalina de Aragon, madre de la pretendiente, divorcio sancionado por muchas actas del Parlamento, es hoy una hija ilegítima y por lo mismo inhábil para suceder al rey su hermano. Por último, la aconsejareis que se abstenga de atormentar y de molestar, bajo cualquier pretexto, tanto á nuestra legítima soberana, como á sus súbditos, por la fidelidad y leal adhesion con que acaban de proclamarla. Esta es la respuesta que habeis de dirigir á Kenninghall.

—Deliberaremos, contestaron algunos individuos.

—Vuestra decision debe ser pronta, replicó el duque desdeñosamente, pues un correo espera á la puerta vuestro mensaje; de modo que, á fin de evitaros la pena de perder un tiempo precioso, lo traigo ya redactado.

—Redactado! exclamó Cecil.

—Sí, redactado, repitió el duque presentándoles un pergamino; solo faltan aquí vuestras firmas. ¿Queréis, Sir William Cecil, ó vos milord Pembroke, ó vos Shrewsbury, examinar el escrito, para ver si se diferencia en algo de la idea que he

—¡Ah! exclamó con ira Northumberland; pero se contuvo y añadió friamente:—Vamos, milord Shrewsbury, me dirijo á vuestra lealtad... ¿Qué! ¿Tampoco?... ¿Ni vos, milord Rich?... ¿Conque también os negais, Hungtington?... Ea, milord Pembroke; en vos consiste hacerme creer que he cometido una injusticia al creerlos traidor... ¿Os reis y moveis la cabeza negativamente? Bien... bien... ¡Ah, milord Cecil, ya que sois tan gran diplomático... ¿Conque no hay uno entre vosotros y los de vuestro bando, que consienta en firmar?»

—No, gritó Pembroke.

—Habeis mentido, porque vais á hacerlo todos, todos, miserables traidores, perjuros y cobardes. O vuestras firmas, ó vuestras cabezas. ¿Me obedecereis ahora?»

—Os pregunta si le obedecereis, les dijo Simon Renard, mirándoles cómicamente.

—No, repitió Pembroke ardiendo en ira.

—Guardias, es clamó Northumberland, acercaos y asegurad sus personas.

Los arcabuceros cercaron á los partidarios de la reina Maria.

Juana fijó en Northumberland una mirada escrutadora, pero no articuló la menor palabra.

—¿Y cuál será el resultado de todo esto? preguntó Pembroke al duque con desdeñoso y provocador acento.

—El hacha y el tajo, respondió Northumberland. (Concluirá.)

ho  
al  
ge  
pri  
ma  
till  
esp  
des  
á s  
mi  
est  
en  
la  
sic  
sas  
un  
gra  
lig  
  
lia  
com  
ma  
no  
cio  
la  
dr  
toc  
ad  
qu  
ob  
  
si  
de  
do  
ini  
di  
cu  
bi  
y  
gu  
ese  
per  
ter  
pre  
de  
cu  
let  
cu  
ac  
pr  
ne  
ur  
ne  
M  
er  
es  
de  
or  
y  
m